

I FEEL FINE

Primavera de 1965

Estoy en una casa de verano y es otoño. La mano derecha me irrita, esos puntos por todas partes, y sobre todo el dedo índice. Está curvado y torcido como una garra. No puedo dejar de mirarlo. Se aferra al bolígrafo, que dibuja letras rojas. Se trata de un dedo excepcionalmente feo. Es una pena que no sea zurdo, alguna vez he deseado serlo y tocar el bajo. Pero sí sé escribir en forma invertida, igual que Leonardo da Vinci. Y sin embargo escribo con la derecha, soportando esta mano desfigurada y este repulsivo dedo índice. Aquí dentro huele a manzanas, un fuerte olor a manzanas sube de la vieja mesa junto a la que estoy sentado, en medio de la oscura habitación. Es la noche del primer día, y sólo he quitado los postigos de una de las ventanas. El alféizar está repleto de insectos muertos: moscas, mosquitos y avispas, de patas secas y flacas. Y ese olor a fruta me ablanda un poco el cerebro, mi resplandeciente cabeza suelta algo dentro de mí, las sombras bailan por las paredes a la luz de la luna, cuyo resplandor entra por la única ventana y transforma la habitación en un anticuado diorama. E igual que el padre de Ola, el peluquero de la plaza de Solli, que siempre metía al revés la película en el proyector el día del cumpleaños de su hijo y nos ponía tres películas de Charlot hacia atrás, doy ahora la espalda a todo y empiezo mi camino también hacia atrás. Y sin darme cuenta, el rollo se detiene detrás de mis ojos en una determinada imagen, la mantengo unos segundos, la congelo, y luego la pongo en marcha, porque soy todopoderoso. Le pongo voces, sonidos, olores y luz. Oigo con toda claridad la gravilla crujir bajo nuestros zapatos al cruzar la plaza de Vestkanttorget, siento el alocado mareo tras una inhalación y aún noto el codo de Ringo golpearme suavemente las costillas, nos detenemos los tres en línea, y John señala un Mercedes negro y reluciente aparcado delante de la tienda Naranja.

George fue el primero en decir algo.

—Todo tuyo, Paul.

Todos sabían que yo era el especialista en lo que a Mercedes se refería. Ni siquiera necesitaba herramientas. Bastaba con girar el anagrama redondo tres veces hacia la izquierda, soltarlo de repente y sacarlo, porque para entonces la fijación ya se había roto. Subimos las escaleras a toda prisa, y noté un cálido cosquilleo debajo del jersey. Estudiamos la situación.

–Demasiada gente –susurró John.

Todos estábamos de acuerdo. Había dos hombres debajo de los manzanos de la esquina, y una señora mayor cruzaba en ese instante la calle justo a nuestro lado.

–No-no-no merece la pena correr r-r-riesgos –murmuró Ringo.

–Tenemos ya un Opel y dos Ford –señaló George.

–¡Pero si es un 220 S! –objeté.

–Podemos cogerlo otro día –dijo John.

Pero no era seguro que estuviera al día siguiente. Y noté esa mariposa por dentro, esa sensación que tantas veces he tenido, y sin escuchar a los otros crucé solo la calle, me incliné sobre el capó, los latidos de mi corazón aún eran relajados, indiferentes, una pareja bajaba por la cuesta de Berle, los dos hombres que estaban debajo del manzano me miraron de reojo y los loros en la ventana gritaban mudos. Giré el anagrama del Mercedes tres veces para luego soltarlo de repente, acto seguido lo arranqué y me lo escondí debajo del jersey. John, George y Ringo estaban ya bastante lejos, pretendían andar de un modo natural, pero por detrás parecían tres postes de luz con bombillas rojas. John se volvió y movió la mano rabiosamente; yo, sonriente, le devolví el saludo. Y echaron a correr hacia Urra. Yo seguía en el lugar de los hechos, miré a mi alrededor, pero nadie había reaccionado. Fui tras ellos despacio, como para dilatar todo un poco, sentir cómo era, ofrecer al propietario del coche la oportunidad de pillarme. Ese magnífico calor nervioso se me iba extendiendo por todo el cuerpo. Y nadie me perseguía. Saqué el botín y lo agité triunfante mientras corría tras los otros.

Me estaban esperando junto al Hombre de la Escalera, cada uno con su *flash* golosina de zumo. Zumo de fruta.

–Estás chi-chi-chiflado –dijo Ringo.

–Algún día nos pillarán, joder –murmuró John.

Me miró sin sonreír, parecía un poco hartó, más bien infeliz, sentado con el *flash* y un cigarro balanceante.

Eran casi las nueve. Se había hecho de noche sin que nos hubiésemos dado cuenta. El Hombre de la Escalera apagó las luces de

la tienda y bajamos lentamente la cuesta Bonde. Le di a George el anagrama del Mercedes, pues él era quien los tenía escondidos en una caja de revistas debajo de la cama.

–Ya tenemos seis como éste –dijo.

–¡Pero ningún 220 S!

–Yo no ve-ve-veo ninguna diferencia –opinó Ringo.

–No importa que no la *veas*, lo que cuenta es que lo *sepas* –dije yo.

–¿Y cuántos tenemos de Fiat? –preguntó John.

–Nueve –contestó George–. Nueve.

–Mi hermano se ha traído una revista porno de Copenhague –dijo John. Nos detuvimos al instante y lo miramos.

–¿De Dinamarca? –susurró Ringo, olvidándose de tartamudear.

–Fue a jugar al balonmano a Copenhague. Joder, no os podéis imaginar...

–¿Cómo... cómo es?

–Increíble –contestó John–. Tengo que irme.

–Tráetela mañana –dijo George.

–Sí, tráetela –gritó Ringo agitando el destornillador en el aire.

John y yo nos fuimos. Íbamos en la misma dirección, por la calle Tordenskiold. George y Ringo se fueron hacia la plaza de Solli. No dijimos nada. Debajo de los pies crujía la arena del invierno, y la acera estaba llena de mierda seca de perro. Me miré los zapatos contento, porque mi madre me había prometido un par nuevo para mayo; los que llevaba parecían más bien botas de esquí y pesaban como el plomo. Los zapatos de John tampoco estaban mucho mejor, ya que él lo heredaba todo de su hermano Stig, que tenía dos años más que él y medía 1,85, así que a John los zapatos le quedaban siempre tan grandes que tenía que dar un paso dentro de ellos antes de poder seguir andando.

–Creo que tenemos ya suficientes anagramas de coches –dijo John sin mirarme.

–Tal vez podríamos coleccionar marcas en general –sugerí.

–Tenemos suficientes –repetió.

–Podríamos vender los que tenemos repetidos.

John se detuvo en seco y me agarró del brazo.

–¡Mira! –gritó, señalando la acera.

Me puse rígido. Delante de nosotros había una cuerda. Una cuerda blanca en el suelo justo delante de nosotros.

–El Hombre de la Granada –susurró John.

Yo no dije nada, me limité a mirar boquiabierto.

–El Hombre de la Granada –repitió John, retrocediendo un paso.

Yo me quedé paralizado a un metro o menos de la cuerda, que desaparecía dentro de un seto y estaba atada a las barras de una boca de alcantarilla en el arroyo.

–No es seguro que sea el Hombre de la Granada –dije, muy quieto.

–¿Qué vamos a hacer? –balbuceó John a mi espalda–. ¿Llamar a los maderos?

–No tiene por qué tratarse del Hombre de la Granada aunque haya una cuerda –proseguí, más bien para mis adentros.

–Esos dos chicos del barrio de Grefsen llamaron a los maderos –respondió John–. ¡Podemos saltar por los aires!

En ese momento fue como si me derritiera. Me derretí y no estaba en ninguna parte. Di un paso hacia delante, me agaché, oía los gritos de John a mis espaldas y tiré con todas mis fuerzas de la cuerda.

El ruido fue impresionante, pero porque habían atado seis latas a un extremo de la cuerda. John ya estaba en la otra acera, parapetado tras una farola. Le enseñé mi captura, y salí de la trinchera. Justo en ese instante oímos unas risitas detrás del seto. John estaba lívido, le crujían las mandíbulas. De un salto había cruzado el seto, y acto seguido sacó a la luz a dos energúmenos. Los empujó contra un Opel, los registró, me señaló a mí y a la cuerda y dijo:

–¿Sabéis cuántos años de cárcel os pueden caer por una cosa así? Los pigmeos movieron el coco.

–¡Cinco años! –gritó John–. ¡Cinco años! ¡Os mandarán a Jæren, que ni siquiera sabéis dónde está, pero está más lejos que el carajo, y allí os pondrán a rodar piedras durante cinco años! ¿Entendido?

Los zanahorias asintieron con la cabeza.

John ató a los dos juntos con la cuerda y los mandó calle abajo. Corrían como locos y todo el mundo se asomaba a las ventanas pensando que había boda. Podíamos oír el ruido de las latas a varias manzanas de distancia.

–¿Por qué no se las quitan? –preguntó John rascándose la oreja.

–Supongo que les divierte –contesté.

–Seguro.

Seguimos andando. Al cabo de un rato, John dijo:

–Estás chiflado. ¡Podrías haber explotado!

-¿Cómo son las fotos de la revista de tu hermano?

-Coños enormes. El doble de grandes que los de la revista *Cocktail*.

Se calló de repente. Yo no tenía fuerzas para seguir haciendo preguntas, y esperé a que John contara el resto.

-Y no tienen pelos -se le escapó.

-¿No tienen pelos?

-Nada. Afeitados.

-¿Eso puede ser?

-Eso parece.

-El padre de Ringo es peluquero -dije.

-Se ve todo -dijo John.

-¿Todo?

-Sí.

Nos despedimos en Gimle. John iba hacia la calle Thomas Heftye, y yo seguí hasta mi barrio, Skillebekk, incapaz de quitarme de la cabeza esos coños calvos. Intenté imaginármelos, pero fue imposible. Lo único que me salía era aquella foto de una mujer desnuda en la *Enciclopedia de la familia*, pero creo que esa foto estaba trucada, porque el coño no era más que una superficie lisa que no parecía tener vello, y tampoco tenía ninguna raja. Por supuesto, la *Enciclopedia de la familia* no podía mostrar mujeres así.

Cuando llegué a la calle Svolder empezó a llover, una de esas lluvias cálidas y ligeras que apenas te mojan, y que son invisibles. Fue como si un montón de pelos me diera en la cara, pelos pequeños y negros, y toda la calle olía raro, como en la ducha después de gimnasia en el cole, y no se veía ni un alma por ninguna parte. El último trecho fui corriendo, porque ya llevaba tres cuartos de hora de retraso.

Pero al llegar a los buzones me detuve en seco. Había un sobre marrón junto al que el cartero había dejado una nota. No había nadie en el portal llamado Nordahl Rolfsen. ¿Alguien podía ayudarlo? Yo podía. La carta era para mí. Me metí el sobre debajo de la camisa, subí a hurtadillas y me deslicé dentro de mi cuarto. Allí abrí la carta con mucho cuidado aguzando el oído, no venía nadie. Era verdad lo que ponía en el anuncio de la revista *Nå*. Se envía en embalaje discreto. Todo-en-uno. Una docena de condones Rubin Extra, color rosa, once coronas. Pero no tendría que pagarlos. Nadie sabía quién era Nordahl Rolfsen. Muy astuto por mi parte. No me atrevía a abrir ese paquete tan plano, me limité a tenerlo en

la mano, escuchando la ligera lluvia, los pelos que hacían ruido contra la ventana. Luego lo escondí todo en el tercer cajón, debajo de *Pop-Extra*, las revistas de los Beatles y una novela.

Era jueves, estoy seguro porque al día siguiente tocaba redacción, la última antes del examen, y las redacciones se entregaban siempre en viernes, para que nuestro profe Lue tuviera con qué divertirse el fin de semana. Yo aún no había escrito ni una palabra. Mi plan era empezar a toser aquella misma noche, una tos larga y con flema, desesperada, que tendría a mis padres en vela por lo menos hasta pasada la medianoche. A la mañana siguiente sólo tendría que frotarme la frente contra la almohada, y mi madre constataría una fiebre de 39,5 y ordenaría inmediatamente que me quedara en casa. Pero no quería ser el último en ver la revista porno del hermano de Gunnar. Decidí por lo tanto escribir la redacción después de que se hubiesen acostado mis padres. Y de repente mi madre apareció en la puerta con la cena y un vaso de leche.

–Podrías entrar y saludar cuando llegas –dijo.

Cogí el plato y el vaso de leche.

–Estamos en el salón. No está tan lejos.

–Ya lo sé –contesté.

–¿Dónde has estado?

–En el patio del colegio.

–¿Hasta tan tarde?

–Hemos estado jugando a la pelota.

Se acercó otro paso, yo sabía que iba para largo. Y sabía exactamente lo que ella diría y lo que yo contestaría.

–¿Tienes que pegar esas horribles fotos en la pared?

–A mí me gustan –dije.

–¡Son preciosas! –casi gritó mientras señalaba una foto justo debajo del techo.

–Son los Animals –dije.

Mi madre volvió a mirarme.

–Tienes que cortarte el pelo –dijo–. Va a taparte las orejas.

Pensé en mi padre, que estaba casi calvo, y me sonrojé, porque de repente apareció en mi imaginación una figura desagradable, una cabeza de monstruo, un cruce absurdo, que de repente visualicé con toda claridad. Mi madre se acercó más y preguntó qué me pasaba.

–¿Que qué me pasa? –dije con voz ronca.

–Sí. Te has puesto muy raro de repente.

La conversación tomó un rumbo peligroso e inesperado. Me puse a cenar ostensiblemente, pero mi madre permaneció allí, apoyada en el marco de la puerta.

–¿Has estado con alguna chica? –preguntó.

La pregunta era absurda, fuera de lugar, estúpida, como un tiro al aire, y en lugar de troncharme de risa por lo que mi madre acababa de decir, me puse furioso.

–¡He estado con Gunnar! ¡Y con Ola y Sebastian!

Mi madre me acarició la cabeza.

–Sin embargo, opino que deberías cortarte el pelo.

¿Sin embargo? ¿Qué quería decir? ¿Qué trampa me estaba tendiendo? Reuní las fuerzas que me quedaban y saqué el argumento que siempre tenía cierto efecto sobre mi madre, porque en tiempos había querido ser actriz.

–¡Rudolf Nureyev también tiene el pelo largo!

Mi madre asintió lentamente con la cabeza, una sonrisa le iluminó el rostro y, ¡joder!, por segunda vez me puso la mano en la cabeza.

–Si quieres, puedes traerla a casa.

Yo estaba convencido de ser el rostro pálido más colorado del Oeste, exceptuando a Jensenius, el cantante de ópera que vivía en el piso de arriba y que se bebía treinta botellas de cerveza negra al día y decía que lo que mantenía girando el mundo eran los envases vacíos y el arte.

Mi padre estaba como siempre sentado en el sillón delante de la librería con la revista *Nå*, que traía una foto de la cantante Wenche Myhre en la portada. Estaba absorto en el crucigrama. Luego levantó su cara pálida y estrecha y me miró:

–¿Has hecho los deberes?

–Sí.

–¿Cómo se presentan los exámenes?

–Bien, creo.

–No basta con creerlo. Tienes que saberlo.

–Voy bien.

–¿Te hace ilusión pasar al instituto?

Asentí con la cabeza.

Mi padre esbozó una sonrisa y volvió a su crucigrama. Le di las buenas noches y al darme la vuelta sonó de nuevo su voz.

—¿Cómo se llama el percusionista de los Beatles?

Su cara tenía una expresión muy extraña al decirlo y creo que incluso se sonrojó un pelín. Para justificarse, señaló la revista.

—Ola —empecé a decir, pero me corregí enseguida—. Ringo, Ringo Starr. Aunque en realidad se llama Richard Strakey —añadí.

Mi padre se puso a rellenar cuadros del crucigrama y asintió satisfecho.

—Excelente. Encaja.

Estaba en la cama esperando a que mis padres se acostaran. Si encendía la luz, vendrían a preguntar qué pasaba, porque por la rendija de debajo de la puerta se veía si mi habitación estaba a oscuras. Oía la lluvia y los trenes que pasaban laboriosamente a sólo cien metros, entre mi habitación y la cala de Frogner. Sabía exactamente adónde iban, pero claro, no es que hubiera muchas líneas. Y aunque no iban lejos, sólo a lugares dentro de Noruega, siempre me hacían pensar en países lejanos, como los de los mapas que colgaban detrás de la mesa del profesor. Cuando oía los trenes, también pensaba en las estrellas y en el espacio, y entonces todo se volvía muy difuso y lejano, y me caía hacia atrás, como dentro de mí mismo, y si gritaba, mis padres acudían corriendo, eran como puntitos muy lejanos, y me sacaban lentamente. Pero esta vez no grité. Oía los trenes y el Pez Dorado, que cruzaba silbando la plaza de Olaf Bull. Y en medio de todo se oía la voz baja de mis padres y la radio, que siempre estaba encendida y en la que siempre había ópera, sonaba muy solitaria, más triste que ninguna otra cosa de las que conocía, cantaban desde otro mundo, un mundo gris y sin movimientos, cantaban de un modo frío y muerto. Y en las paredes a mi alrededor había fotos de caras que también cantaban, pero de las que no salía ni un sonido, las guitarras y los tambores estaban silenciosos. Rolling Stones, Animals, Dave Clark Five, Hollies, Beatles. Beatles. Fotos de los Beatles. Y yo soñaba con Ringo, John, George y Paul. Soñaba que era uno de ellos, Paul McCartney, con su mirada redonda y triste, que hacía gritar enloquecidas a todas las chicas, soñaba que era zurdo y que tocaba el bajo. Me incorporé de repente en la cama, completamente despierto. Pero si soy uno de ellos, pensé en voz alta, riéndome. Soy uno de los Beatles.

A las once y media mis padres se habían acostado. Me puse manos a la obra. Había tres temas entre los que elegir. El primero ya lo había descartado: *Mi familia*. Mi padre trabaja en un banco y

hace crucigramas. Mi madre quería ser actriz cuando era joven. Yo me llamo Kim. Nada, imposible. El siguiente tema era: *Un día en el colegio*. Descartado. Incluso la mentira tiene límites. Puedes mentir hasta un punto y hacerlo bien, luego todo se vuelve absurdo. Tuve que optar por el último: *Tus planes tras acabar la primaria*. Encontré el cuaderno de las redacciones entre un montón de bocadillos viejos. En la última me habían puesto un aprobado. Pero la había escrito mi padre. *Una afición*. Se le ocurrió que yo tenía que escribir sobre sellos, claro, aunque sólo tenía dos de forma triangular de Costa de Marfil. A mi padre le pusieron un aprobado. Cargué la pluma con un cartucho y empecé a escribir directamente en limpio en el cuaderno, sin hacer un borrador. No quedaba otra solución. Sentía un cosquilleo por la espina dorsal, y la emoción me volvió casi genial. Primero acabaría el bachillerato y el COU, y luego estudiaría medicina y sería médico en un país pobre donde viviría y moriría por los negros enfermos. Conseguí escribir tres páginas y media y acabé con algo sobre nuestro explorador polar Nansen, pero no logré encajar por completo el Polo Norte con los negros, y me di cuenta de que debería haber mencionado a otro premio Nobel de la Paz, el médico Albert Schweitzer, pero ya era demasiado tarde. Cerré con fuerza el cuaderno sin repasar lo que había escrito. El tiempo se me había ido muy deprisa, porque el último tren a Bergen pasó bramando y el mundo entero quedó en silencio. Mis padres duermen. Y yo estoy a punto de dormirme también cuando una voz de falsete llena la habitación, viene de arriba, pero no es Dios, es Jensenius, el pájaro nocturno, que ha empezado su andadura nocturna de un lado para otro mientras canta aquellas viejas canciones de cuando era famoso en todo el mundo.

Con Jensenius cantando sobre mi cabeza me resultaba imposible dormir, aunque la suya no era en absoluto tan triste como aquellas voces de la radio. Escuchar a Jensenius resultaba más emocionante, casi tenebroso, pero cuando lo veías en persona todo se volvía algo cómico. Era enormemente grande, se parecía un poco a ese tío cuya foto aparecía en la caja de los caramelos IFA, que, por cierto, también era cantante de ópera. Se me ocurrió algo. Cuando estaba en quinto recorté la firma de aquel tipo de la caja de IFA, Ivar Fredrik Andresen, se llamaba, y le dije a Gunnar que era un autógrafo muy valioso de un famosísimo cantante de ópera. Gunnar me lo compró por dos coronas, pues coleccionaba autógrafos de famosos de todo tipo. Me preguntó que por qué ése estaba escrito en un papel tan grueso. Papel no, dije: *cartón*. Lo más exquisito de

todo. ¿Pero por qué era tan pequeño? Recortado de una carta secreta, expliqué. Tres días más tarde, Gunnar se acercó y me preguntó si quería un caramelo de regaliz. Sacó una cajita de IFA y me la puso en las narices. No estaba enfadado, sólo asombrado. Le devolví el dinero, y desde entonces no hemos hecho más negocios.

Pero a lo que iba, Jensenius, el cantante de ópera del edificio, parecía un dirigible, y de esa enorme nave salía una voz tan fina, aguda y desgarradora como si dentro de él hubiera una niña cantando en su lugar. Por lo visto había sido barítono. Circulan muchas historias sobre Jensenius, y no sé muy bien con cuál de ellas quedarme, pero se dice que solía regalar caramelitos a las niñas, y también a los niños, y que le gustaba achucharlos. Era barítono, pero hicieron algo con su bajo vientre, y ahora es soprano, bebe como un oso y canta como un ángel. Y a mí me dan ganas de llamarlo Ballena, porque las ballenas también cantan, cantan porque están solas y porque el mar les resulta demasiado grande.

Y me duermo el primer día.

Entregamos la redacción en la primera clase, después de rezar el Padrenuestro, con El Dragón dirigiendo. Pero no había llegado más allá del «santificado sea tu nombre» cuando enmudeció enrojecido y apretó los nudillos con tanta fuerza que se le quedaron blancos, y tuvo que pasar el testigo a El Ganso; a él le salió bordado, y los demás estábamos de pie junto a nuestros pupitres murmurando como mejor podíamos. Esa semana era Seb el encargado del orden, de manera que recorrió las filas recogiendo los cuadernos de redacción y luego los colocó en un bonito montón delante del profesor Lue, que observaba la clase con asombro.

—¿Las habéis entregado todos? —preguntó en voz baja.

Seb asintió con la cabeza y se retiró a su sitio. Se sentaba en la última fila junto a la ventana. Yo me sentaba detrás de Gunnar en la fila del medio y Ola delante, junto a la puerta; siempre salía el primero y entraba el último. Convenía sentarse detrás de Gunnar, su espalda era lo suficientemente ancha como para ocultar toda la *Enciclopedia de la familia*. Se volvió y me susurró:

—¿Cuál has elegido?

—El de los planes para el futuro.

—¿Qué has puesto?

—Médico en África.

—Seb va a ser misionero en la India.

–¿Cuál has elegido tú?

–Voy a ser piloto de avión. Y Ola, peluquero de señoras.

–¿Tienes la revista?

Gunnar dijo un rápido sí con la cabeza y se dio la vuelta.

El profesor Lue seguía contemplando la clase como si fuéramos un nuevo paisaje abriéndose ante él en todo su esplendor, y no la clase 7 A, veintidós novatos con pelo grasiento, acné y la mano en el bolsillo.

–¿La han entregado *todos*? –repitió.

Ninguna reacción.

Silencio en el aula. Sólo se oía el tranvía de Briskeby, que pasaba ruidosamente por abajo, por el mundo, porque nosotros éramos los mayores, y estábamos en la planta de arriba.

Lue se levantó y se puso a andar de un extremo a otro de la tarima. Cada vez que llegaba a la mesa, tocaba el montón de cuadernos de redacción con una sonrisa cada vez más amplia.

–Vais aprendiendo –dijo–. Vais aprendiendo y mi misión a lo mejor no ha sido en vano. Pronto os daréis cuenta de que la *puntualidad* es una piedra angular en el mundo de los adultos. Ahora que vais a pasar al instituto os esperan retos diferentes y más duros, por no hablar de los que pensáis hacer una carrera superior, pronto lo entenderéis, y lo mejor sería que lo entendierais ya, lo que este hermoso montón de cuadernos de redacción tal vez testifique, es decir, que *habéis* entendido, si no todo, al menos una parte, así de sencillo.

Yo estaba sentado en la fila del medio, detrás de la protectora espalda de Gunnar. Lue daba vueltas arriba en su escenario, hablando con voz cálida y vibrante. Nadie lo escuchaba, pero estábamos contentos, así no tendríamos que analizar oraciones, ni leer el poema de Terje Vigen. Y al cabo de un rato su voz se apagó. Es un truco que he aprendido, soy capaz de desconectar el sonido, lo que a veces resulta muy cómodo. El profesor Lue se convirtió en cine mudo, con gestos bruscos y exagerados, y su boca se afanaba para que el descerebrado público de la sala pudiera adivinar lo que quería decir. Entre medias aparecían en la pizarra textos explicativos. *Ahora que vais a entrar en el mundo de los adultos, debéis estar preparados – Luchad por la patria y por el pueblo noruego – La práctica hace maestro – Poned la mejilla izquierda y preguntad siempre primero – El gran autor Bjørnstjerne Bjørnson*. Y justo antes de sonar el timbre comprendí que el profe estaba contento. Estaba contento porque por una vez –la última– habíamos entregado la redacción el día acordado. El profesor Lue estaba contento y nos

quería. Entonces sonó el timbre y salimos todos disparados a pesar de que el profesor Lue se encontraba en medio de una frase, parece que lo estoy viendo, una figura pequeña y gris envuelta en esa bata de trabajo que le quedaba demasiado grande, con el pelo ralo caído hacia la frente, y la cara brillándole de esfuerzo y felicidad. Continúa hablando mientras veintidós alocados chicos salen del aula, como si de una suelta de caballos se tratara, y él sigue allí, en su mundo, tan solitario como debe de estar Jensenius, pero feliz, porque la ironía por fin le ha abandonado, y él está sinceramente emocionado y cariñoso con nosotros.

Pero bueno, esto es ahora y no entonces. Aquel día la película muda se detuvo en seco al sonar el timbre, Lue desapareció en ese mismo instante como un fallo técnico y yo me pegué a Gunnar. Nos dirigimos directamente a los retretes, donde había ya diez o quince chicos, seguro que alguien se había ido de la lengua, y esa lengua pertenecía a Ola, porque a Ola le resultaba imposible poner cara de póquer, le entraba el tic aunque sólo tuviera un par de tríos.

–¿Dónde la tienes? –dijo El Dragón, muy pesado.

–Esto no es un circo –contestó Gunnar.

–Estás mintiendo. ¡No la tienes!

Gunnar se le quedó mirando, y El Dragón, sebooso y sudoroso como siempre, se balanceaba de un pie a otro.

–¿Cuándo he engañado yo a alguien? –preguntó Gunnar.

Me acordé de aquella vez de las pastillas IFA y desvié la mirada, porque todo el mundo sabía que Gunnar no engañaba a nadie, y El Dragón fue excluido lenta pero inexorablemente del círculo, avergonzado, enrojecido y jadeante.

Gunnar nos observó un buen rato. Luego se subió el jersey y la camisa y sacó un gran sobre blanco. El círculo se estrechó en torno a él cuando por fin abrió el sobre y sacó la revista. Y de repente, como si ya no le diera la gana seguir, me pasó la revista sin mediar palabra, tras lo cual, desapareció dentro de uno de los retretes y cerró la puerta.

De modo que me convertí en el centro del círculo y todo el mundo me metía prisa, empujando y pegándose a mí, porque el recreo estaba a punto de acabar. Empecé a hojearla. Noté enseguida un gran desasosiego y me inquieté, pues ésas no eran cosas que me gustara ver. Las fotos del principio eran primeros planos de coños afeitados, y no se oía sonido alguno procedente de los congregados, nadie se reía ni entre dientes, había un silencio sepulcral. Me puse a hojear más deprisa, había coños desde todos los ángulos, páginas

enteras con enormes rajadas en diagonal, de esquina a esquina. Pero hacia el final de la revista la cosa empezaba a mejorar, tías enteras, grandes tetas, mucho pelo, y de repente apareció la foto de un tío que tenía la cara metida entre los muslos de una tía.

–¿Qué está haciendo ése? –dijo una voz.

–Está lamiendo –contestó otra, la de Gunnar, en la puerta del retrete, riéndose entre dientes.

Se hizo otro silencio.

–¿Lamiendo?

–Está chupándole el coño a la tía, ¿no lo ves, tonto? –dijo una nueva voz.

–¡Lamiéndole... el coño!

El Dragón estaba en los alrededores, con los ojos como platos.

–Eso es.

–Pero ¿a qué... a qué... sabe eso?

–Sabe a hierba –me apresuré a contestar–. Si tienes suerte. Pero si te toca uno agrio, sabe a salchichón viejo y a zapatillas de deporte.

Alguien bajaba por la escalera, la intranquilidad invadió a la concurrencia. Gunnar me miró perplejo, me alcanzó a toda prisa el sobre y se dirigió a la salida con los demás. Yo estaba de espaldas, metí la revista en el sobre y en ese momento el director me cogió por el hombro y me dio la vuelta a la fuerza.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó.

Por un instante vi cómo se me derrumbaba el mundo, todo se derrumbaba, todo se derrumbaba a la misma velocidad, de manera que no acababa nunca. El director estaba inclinado sobre mí como un mascarón de proa, y tuve que echarme hacia atrás para mirarlo a los ojos. Todo se derrumbaba, nos derrumbábamos juntos, y era incluso más fantástico que estar en el nivel diez del trampolín de la piscina de Frogner justo antes del gran salto, aunque yo nunca me había tirado desde tanta altura.

–Una revista de mi padre –respondí–. Voy a enseñársela al profesor Lue.

–¿Qué clase de revista?

–Un folleto sobre África. Mi tío estuvo en África en Semana Santa. El director se me quedó mirando un buen rato.

–Así que tu tío ha estado en África.

–Sí –asentí.

Se inclinó aún más sobre mí, su aliento era insoportable, olía a arenques, aceite de hígado de pescado y tabaco. Retrocedió un paso y gritó:

–¡Pues vete ya de una vez, chico!

Y subí a toda prisa las escaleras para salir al sol. En ese mismo instante oí el timbre, sonó como campanadas en mi interior, en algún lugar entre las orejas. El resto de las mofetas se encontraba junto al edificio del gimnasio, mirándome fijamente como si acabara de aterrizar, pequeño, verde y resbaladizo.

–¿Cómo... cómo? –consiguió balbucear El Dragón.

–Le gustan tersos con leche agria –contesté, pasando con determinación por delante de ellos.

De repente me sentía completamente agotado, extenuado. El profe de gimnasia nos estaba metiendo prisa desde la puerta y bajamos a los vestuarios con bancos de madera sudados, perchas de hierro y un suelo que siempre estaba resbaladizo por el vapor de la ducha. Si no hacíamos gimnasia fuera, hasta me daba igual. De repente, Gunnar estaba a mi lado. Nos quedamos algo rezagados. Le deslicé el sobre y lo enrolló en el jersey que se había quitado.

–Soy un mierda –murmuró Gunnar.

Nos detuvimos.

–Te he dejado en la estacada –prosiguió–. Soy un traidor.

–Era yo el que tenía la revista en la mano –señalé.

–Yo te di el sobre y me largué. Soy un mierda.

–No habrías sabido mentir –dije.

Gunnar se enderezó, una débil sonrisa se extendió por su ancha cara.

–Es verdad –dijo–. No habría sido capaz.

Nos reímos, Gunnar se encogió, dio unos puñetazos al aire con una mano y otra vez se puso de repente serio, más serio de lo que jamás lo había visto. Dijo en voz baja, casi amonestadora:

–Recuerda, Kim, ¡siempre podrás contar conmigo!

Me cogió la mano con gran solemnidad, sus fuertes dedos apretaron los míos como si de una rama de perejil se tratara, y me pregunté si había visto algo parecido en Clásicos Ilustrados. ¿Fue tal vez en *Lord Jim*, en *El último mohicano*? Pero de repente caí en la cuenta de que me recordaba a un episodio de *El Santo*. Y me acordé de que era viernes y por la noche echaban *La noche policíaca* en la tele.

–¡**J**o, seis-ceeeeeero! –gritó Ringo cuando doblamos la esquina del estadio de Bislet, camino del quiosco de Kåre, en la calle Therese. Ringo iba de paquete en mi bici, porque la suya carecía de radios después de que le fallaran los frenos bajando por la cuesta

Bonde y metiera los pies en la rueda delantera del susto. Al bajar parecía que había pasado por un cortahuevos-. ¡Así que se-se-seis-cero, joder! –repitió Ringo-. ¡Se-se-seis-cero!

–Si al menos hubiera sido contra Inglaterra o Suecia... pero coño, Tailandia... –dije.

–¡De todas formas! ¡Seis go-go-goles!

La calle Therese se hizo más cuesta arriba aún, y ya no me quedaba aliento para seguir hablando. John y George se pusieron a zigzaguear en sus bicis delante de nosotros, gritando y bramando, vimos el tranvía abajo en la cuesta y nos pusimos a pedalear como locos para llegar al quiosco de Kåre antes de que nos alcanzara.

–¿Y dónde es-es-está Tailandia? –preguntó Ringo.

–A la izquierda de Japón –jadeé.

Llegamos antes que el tranvía, y ya pensaba con ilusión en la vuelta, porque le tocaba a George llevar de paquete a Ringo.

–Si este año me ponen de lateral, me muero –comentó John.

–Podemos darnos por satisfechos si nos cogen –opinó George.

–Si me toca jugar de defensa, me ra-ra-rajo –dijo Ringo-. Me po-po-pongo muy nervioso si tengo que estar pa-pa-parado.

Entramos en procesión en la oscura tienda de Kåre, el estanco de Kåre. Olía muy raro allí dentro, a fruta y tabaco, sudor, chocolate y regaliz. Y sabíamos que bajo el mostrador estaban las revistas *Cocktail* y *Crímenes*, que ya no eran gran cosa después de la revista del hermano de Gunnar. En realidad, era una pena que hubieran perdido todo interés.

Kåre apareció en la oscuridad, con su cara de boxeador y de buena persona y su labio leporino, y creo que nos reconoció del año anterior.

–¿Carné de socio? –preguntó.

Dijimos que sí y pusimos cada uno un billete de diez en el mostrador. Él cogió cuatro tarjetas y le dictamos nuestros nombres.

–Nacidos en 1951 –murmuró Kåre-. Este año sois juniors entonces.

–¿Se han apuntado muchos? –preguntó John.

–Vamos a tener buenos equipos en todos los niveles –contestó Kåre sonriendo.

–¿Qué tal Fr-fr-frigg en la pri-pri-primera este año? –quiso saber Ringo.

–Ganaremos –contestó Kåre tajantemente.

–Joder, y ganamos a Tailandia se-se-seis-cero –prosiguió Ringo entusiasmado. No podía dejar de pensar en ello ni un instante.

–Los entrenamientos empiezan el martes –dijo Kåre–. A las cinco en el campo de Frigg.

–¿Habrá viaje a Dinamarca este año? –preguntó George.

–Seguro que sí. Tenéis que entrenar duro y os cogerán.

Nos dio los carnés y compramos una coca-cola entre los cuatro para repartir, pero no nos atrevimos a comprar tabaco, porque a lo mejor a Kåre no le gustaba que los chicos de Frigg fumaran, y no queríamos perdernos el viaje a Dinamarca.

Ya en la calle, Ringo miró a John y dijo en voz baja:

–¿Qué has hecho con la re-re-revista?

–La he tirado –contestó John.

–¿La has ti-ti-tirado?

–Eso es.

En el fondo, todos respiramos aliviados, pero Ringo no se dio por vencido.

–¿Y qué dirá tu her-her-hermano?

–A mi hermano le parecerá bien. –Cogimos las bicis y bajamos por la calle Therese. El aire nos calentaba las orejas y vociferamos *I feel fine* con tanta fuerza que resonaba en las paredes, y George gritó que su velocímetro vibraba en 80, lo que no era del todo de fiar, pero la velocidad era alta y no tuvimos necesidad de pedalear hasta llegar a la calle Bogstad.

–Ya no falta ni un mes para el 17 de mayo –dijo George. A todos nos hacía ilusión pensar en la celebración de la fiesta nacional.

–Tampoco falta mucho para los exámenes –añadió George.

–¡Y tampoco para el ve-ve-verano! –gritó Ringo.

Nos quedamos callados un buen rato, porque nos resultaba un poco raro pensar en el verano, y en que puede que no fuéramos a la misma clase en el otoño, ni siquiera al mismo instituto. Pero nos habíamos jurado fidelidad, nadie lograría separarnos, y los Beatles no se disolverían nunca.

Primero dimos una vuelta al campo corriendo y luego nos dividieron en dos equipos de ocho. Nos dejaron usar las porterías grandes de la Academia de los séniors y de la Policía, y los porteros se sentían muy pequeños entre esos enormes postes; por mucho que saltaran no llegarían nunca hasta el larguero. Parecían arenques en una enorme red. A John y a mí nos pusieron en el mismo equipo, a él de delantero centro, y a mí de lateral derecho. Enfrente de mí tenía a Ringo de extremo izquierdo. George era

defensa central y no parecía sentirse muy a gusto cuando John llegaba hecho una fiera, ignorando toda resistencia. Yo me quedaba en mi sitio echando balones hacia el centro. George consiguió parar a John un par de veces, pero yo me preguntaba si John no le pasaba el balón simplemente para que pudiéramos estar todos en el equipo. Casi al final, Ringo consiguió apoderarse del balón y salió disparado por la banda. Cuando ya estaba muy cerca susurró tan bajo que sólo yo pude oírlo:

–De-de-déjame pasar. ¡De-de-déjame pasar!

Yo me quedé con las piernas muy abiertas en mi sitio, sin moverme; claro que podía dejar pasar a Ringo, pues había hecho unas paradas muy buenas y contaba con tener ya un puesto asegurado. De modo que me quedé clavado en el sitio, Ringo sólo tenía que rodearme como un aro y enviar el balón a un cráneo delante de la meta. Pero claro, insistió en jugar por encima de sus posibilidades y empezó a hacer unas fintas absurdas creyéndose en Brasil, sus compañeros le gritaron como locos, y entonces él dio el último golpe, se encogió y corrió derecho hacia mí. Los dos nos caímos de bruces, la pelota rodó y a mí me tocó sacar de banda.

–¡M-m-mierda! –resopló Ringo–. ¡Putá mierda!

–¡Pero si no me he movido!

–¿Y có-có-cómo iba a sa-sa-saberlo yo? No es normal que el defensa se quede pa-pa-parado, ¿no?

Creo que nuestro equipo, el de John y mío, ganó 17-11, y luego hubo repaso y críticas. Un par de tíos ya se habían clasificado seguro: Aksel en la meta, y Willy en el ataque. Y creo que también John estaba seguro. George parecía bastante agotado y Ringo estaba de mal humor.

–El fin de semana que viene tenemos partido –gritó Åge–. El sábado. Contra el Slemmestad. Jugaremos en Slemmestad.

Nadie dijo nada. La gravedad del asunto se nos vino encima. El entrenador prosiguió:

–¡Y vamos a ganar ese partido!

Gritamos que sí.

–¡Bien, chicos! Los aquí presentes nos vemos en este mismo sitio el sábado a las tres. Iremos en autocar a Slemmestad. La mayoría estará en el campo. Pero si alguno de vosotros no puede jugar el primer partido, tendrá otra posibilidad más adelante. ¿De acuerdo?

El equipo se dispersó, algunos por separado, otros en grupo. Nosotros nos quedamos en medio del gran campo, observándonos los unos a los otros.